

manecía abierta. Vió á su madre en el lecho y á su cabecera un joven á quien reconoció por haber estado junto á ella en la velada de la antevíspera.

Lanzó un grito la niña llamando á su madre y precipitóse hacia ella cubriéndola de besos apasionados cuyo calor sentía la enferma á través de su desmayo y que la hicieron recobrar nuevas fuerzas. Incorporóse en la cama y cogió á su hija entre sus brazos en un arranque de celosa protección, y aquel despertar de madre fué tan potente, que le dió energía bastante para salvar aquella difícil y dramática situación. Mirando cara á cara á Francisco, cuyas descompuestas facciones expresaban cruel angustia, le dijo para comunicarle la tranquilidad de ánimo necesaria para dominarse y el pretexto que explicase su presencia:

— Doy á usted gracias por haberme ayudado á entrar... A no haber sido por usted, no hubiese podido subir la escalera... Anita, haga usted el favor de acompañar á este caballero...

Y aún tuvo valor bastante para sonreír inclinando su cabeza en señal de gracias y despedida; pero, ¡qué sonrisa, qué agradecimiento y qué despedida!



VIII

LA INTUICIÓN DE UNA JOVEN

Cuando Nayrac entró en la habitación de la señora Raffraye se dió perfecta cuenta de la escena culminante y terrible que se preparaba, y hallábase muy lejos de creer que diese por resultado la reconciliación que en su carta pedía.

Se había decidido á dar aquel paso instintivamente sin medir su alcance, como el duelista, que cansado de esperar se adelanta aun á riesgo de clavarse el acero enemigo, como el que siente su espíritu víctima de terrible obsesión y quiere rechazarla, cueste lo que cueste. Sufrió una de esas crisis tremendas en que el alma y hasta el cuerpo mismo experimentan sed insaciable de palabras, especie de asfixia moral que ahoga y mata.

Si bien no dudaba que Adela fuera hija suya, sentía imperiosa necesidad de oírlo de labios de la única persona que podía saberlo y acaso también la necesidad contradictoria de obligar á aquella mujer, cuyo orgullo nunca pudo dominar, á que le confesase sus antiguas traiciones. Y además, ¿quién sabía? Acaso Paulina llegase á impresionarse ante el vehemente

cariño y buenas intenciones que Nayrac mostraba hacia la niña...

Pero, no; de aquella entrevista salió nuevamente herido en el fondo del corazón. Comprendió que al cerrarse la puerta del cuarto de Paulina cerrábase por completo para él todo horizonte; se borraban en su alma las esperanzas que concibió al encontrar á Adela en el jardín y observar aquel parecido que hizo despertar en su alma el sentimiento de la paternidad:

— ¡Sí, es mi hija!...— había pensado.

Ciertamente; sintió en aquel momento todo el peso abrumador de la fatalidad, pero nada pudo reprocharle su conciencia. Para Nayrac, Paulina era responsable del abandono en que él dejó á su hija; creíase Francisco con derecho para lanzar tal acusación contra su antigua querida. ¿Pero, y si por el contrario, Paulina era inocente y él la había acusado, juzgando por falsas apariencias?

Después de tantos años aparecía ahora como verdugo de aquella mujer y como verdugo de sí mismo, porque al herir á su víctima hería antes su propio corazón. Mas, ¿borra su culpa el asesino porque se suicida? Al sostener en sus brazos á Paulina pensó Francisco que él era el asesino de aquel cuerpo enteco y miserable, de aquel esqueleto de mujer que alentaba para sufrir larga agonía.

Inundóse su alma de remordimientos que iban tomando cuerpo á medida que iba bajando por la escalera, con la cabeza descubierta y las piernas temblorosas, á medida que iba aproximándose á la habitación de su novia. ¡Terrible contraste! La trágica si-

tuación de su alma desgarrada, y á dos pasos de allí el plácido amor de la joven que le esperaba...

Esta vez la prueba era demasiado fuerte. La conversación con Paulina le produjo una emoción profunda, imposible de disimular. Le pareció que por inocente que fuese Enriqueta leería en su descomuesto semblante la agitación que sentía; y aun la señora Scilly lo comprendería también. No podría eludir las preguntas de ambas. Lo más sencillo hubiera sido repetirles lo que Paulina, llevada de su amor á su hija, inventó para explicar satisfactoriamente la presencia de aquel hombre en su cuarto. ¿Añadiría una nueva mentira, á las que les había dicho los días anteriores? Preciso es hacer justicia á aquel desgraciado. Nayrac era malo por debilidad de carácter, pero leal y franco por temperamento. Aquella mentira le causó horror. ¡Mezclar y confundir de tal manera la novela vergonzosa de la querida al tierro idilio de amor de la novia!... ¡Ay! Aquel escrúpulo de delicadeza debía ser la causa de su perdición; ¡cuán cierto es que una vez internándose en los caminos de la falsedad es imposible detenerse á mitad de la pendiente! O nunca engañar ó engañar siempre. En aquel instante no se le ocurrió cosa más espedita que huir cobardemente para evitarse una explicación, que en tal situación no podía dar; después de todo, era lo más natural.

Entró en su cuarto, púsose el sombrero y á los pocos instantes se hallaba fuera del hotel. Ya encontraría medios para excusar su ausencia cuando volviese repuesto y dueño de sí. Todo le pareció mejor que hallarse frente á su novia en aquel momento en

que aún resonaban en sus oídos las palabras de Paulina, en que aún tenía ante la vista el pálido semblante de su querida, en que parecía sentir el estremecimiento de aquel cuerpo que había sostenido en sus brazos y en el que su alma llenóse de la espantosa inquietud del remordimiento. No; no podía entrar.

En tanto que Francisco vagaba por las calles de la ciudad, tan clara de ordinario y tan opaca entonces por la bruma cálida y polvorienta que la envolvía, inexplicable y creciente inquietud invadía también el corazón de la prometida de Nayrac. Este no se engañó creyendo observar que Enriqueta le había seguido con extraña mirada al salir del cuarto. ¡Cuántas miradas tan extrañas como aquella hubiera sorprendido Francisco en los azules ojos de su novia, á no hallarse tan preocupado por su idea fija desde que leyó en la lista de viajeros del *Continental* el nombre de la señora Raffraye!

Aquellos ojos claros y transparentes hubieran sido para Nayrac espejos donde se retrataba el lento despertar de un sentimiento nuevo en la joven. Francisco no aprobaba, no podía aprobar ante su conciencia el papel que desde días antes estaba representando con las señoras de Scilly. No era él tan hipócrita, ni su novia tan ciega para no haberlo notado. Se amaban demasiado. Aquel nuevo sentimiento que íbase desarrollando en la joven no era la sospecha... Acostumbrada siempre á vivir en un ambiente de calma y paz, no sabía desconfiar; era demasiado sencilla su alma enamorada. No; no eran celos... era una angustia que sentía crecer por momentos, tan real y positiva como indefinible...

Era algo que la sumía en horrible confusión y desconcierto; era una de esas crisis de amor, tan dolorosas para las jóvenes enamoradas y castas, que á la más exquisita sensibilidad de mujer unen la ignorancia más infantil de las peripecias de la vida humana. Pero, ¿acaso es necesario comprender las causas que torturan el corazón de la persona amada, para sufrir con ello?

Se siente el efecto y se desconoce la causa. Enriqueta Scilly ignoraba que la juventud de muchos hombres se halla empeñada por alguna pasión culpable, y que en muchos casos las heridas que en el alma producen tarde ó nunca se cierran. Lo único que sabía era que á la leal sinceridad de antes había reemplazado en el semblante de Francisco un relámpago de fiebre, de inquietud, de visible sufrimiento que revelaba el joven en todo su sér.

No sabía Enriqueta que un hombre puede mentir á la mujer que ama y amarla aún más después con amor que aviva el remordimiento; sólo sabía que de algún tiempo á aquella parte el cariño de su novio no tenía ya la dulzura continua, la armoniosa manifestación el *quid divinum* y misterioso que la envolvía en atmósfera apacible y suavísima. En aquellos últimos días le mostraba un frenesí tan ardiente que casi le causaba miedo. Y era que en sus momentos de lucha trataba Francisco de interponerla entre él y las terribles fantasmas que turbaban su alma; por eso la oprimía con más fuerza las manos; también la contemplaba extático con mirada acariciadora como á un ángel bueno.

Ignoraba la joven que cierta amargura de frases y

cierta aspereza de carácter revelan la existencia de una herida del alma.

Lo violento para Enriqueta era que aquella adorable comunidad de ideas é impresiones de que ella y Francisco hablaran en su último paseo á la *villa* Tascá, se había interrumpido; ya no pensaban ni sentían el unísono. Cuando hablaban en tono festivo advertía la joven cierto dejo de ironía en la fingida alegría de Francisco, que le causaba mucha pena. Antes, cuando recaía la conversación en alguno de sus conocimientos de París, acogía Nayrac á tales personas con marcada indulgencia, que Enriqueta consideraba como señal de bondad, aunque en realidad sólo fuese la habitual indiferencia de los enamorados, para todo lo que no sea su amor mismo.

Pero, ahora, en sus palabras bromistas ó severas, dejaba traslucir, ya interponiendo un equívoco, ya con una chanzoneta, al libertino de otro tiempo, que aparecía ante Paulina y los recuerdos que ésta evocaba. Se le figuraba entonces á Enriqueta que tras el Nayrac al que amaba, y en cuyo amor se complacía, había otro Francisco desconocido para ella. Pero no habían pasado estas impresiones de ser algo vago é indeterminado de lo que la joven no podía darse cuenta exacta aun. No había un hecho concreto en el que se basase Enriqueta para echar á su novio en cara su mudanza; y dada su gran lealtad, se propuso asegurarse á sí misma que aquello era una quimera efecto quizás de su mucho amor. No hay efecto sin causa, y Enriqueta no veía causa alguna para semejante modificación en sus relaciones con Francisco. El no debía abrigar secreta inquietud por lo que se

relacionaba con la salud de la señora Scilly, cuya mejoría era visible.

Ella misma confesaba que nunca se había encontrado mejor. El médico, al que había consultado la señora Scilly respecto á la salud de Francisco, la había tranquilizado también. Francisco no había dejado en Francia ni parientes muy cercanos, ni amigos muy queridos de los cuales pudiera preocuparse. Por algunas conversaciones mantenidas delante de ella en los últimos días, deducía la joven que tampoco el estado de su fortuna podía preocupar al joven, y sus mismas palabras atestiguaban, por otra parte, que la quería siempre y deseaba que se acercase la época de su casamiento.

Todo esto era indiscutible; así se lo repetía obstinadamente Enriqueta, y ponía toda su fuerza para anonadar sus locos temores. Después, terminada aquella concienzuda labor de su espíritu, volvió á caer en invencible melancolía, ante la evidencia de una metamorfosis que no podía definir ni explicarse, y que existía sin embargo.

En tal disposición de ánimo y cuando somos víctimas de una ansiedad viva, el menor suceso positivo é indiscutible toma proporciones casi trágicas. Es la punta del bisturí que deja libre paso al humor acumulado en el abceso, comparación cruelmente vulgar pero muy apropiada. Nada se parece tanto á la lucha febril de todo el cuerpo en torno de una parte enferma, como la lucha no menos dolorosa del cerebro con la idea fija. La terrible escena con la señora Raffraye fué el hecho decisivo para aquella amante joven que á tanto precio debía pagar los momentos

de felicidad que en sus relaciones con Francisco había disfrutado.

¡Ah! ¡Dios! ¿Es verdad que el exceso de felicidad es un pecado, aunque esta felicidad sea noble y moral? Todo nos atestigua que así sucede, en efecto, en este mundo, donde todo sér parece llevar sobre sí, desde su nacimiento, el peso de una expiación. Aunque la joven estuviese habituada desde algunas semanas á la desigual conducta de su novio, impresionónla mucho verle entrar bruscamente en el salón de la fonda, é ir y venir por éste, sin responderla casi, con la cara contraída y los ojos extraviados. Acababa el joven de encontrar en el vestíbulo á Adela con las dos criadas, y fué aquel el momento en que se preguntó si subiría ó no al cuarto de Paulina.

Después había partido alegando el pretexto de la correspondencia atrasada; pero Enriqueta comprendió que mentía. Transcurrieron hasta dos horas, y Francisco no volvió. Rogó la joven á Vicente que fuese á llamarle, y volvió diciendo que el Sr. Nayrac había salido. La inquietud de Enriqueta se exaltó desde que envió á preguntar al portero cuánto tiempo hacía que estaba fuera. Creyó que Francisco, al marcharse, hubiese dejado algún recado; pero no. Salió del hotel, á pie, sin decir nada, en dirección á la ciudad hacia las dos y media, y eran más de las cuatro. Crecía la inquietud de la joven, al notar que su madre participaba de ella, preguntándole muchas veces qué era de Francisco; pero no obstante su turbación, quería demasiado á su novio para no sufrir más con la idea de que iba á soportar el interrogatorio de la

señora de Scilly, y en su mismo amor halló la manera de responder diciendo:

—Como estamos en vísperas de año nuevo... Acaso quiera prepararnos una sorpresa...

Y añadió:

—Te suplico que no le hagas conocer que su ausencia nos ha inquietado, porque esto le produciría mucha pena á Francisco.

—Estáte tranquila—respondió la señora Scilly.— Nada le diré, aunque sí lo merecía. ¡Ah!—dijo sin conocer la ironía de sus últimas palabras.—¡Cuánto le amas! ¡Y qué feliz es él que también te ama! ¿Sufrirás demasiado?...

Merced á esta delicada abnegación de su novia, no supo Francisco que Enriqueta le había evitado una penosa escena, cuando á cosa de las seis, entró en el saloncito, testigo de su felicidad durante tanto tiempo. Nada había cambiado del cuadro de intimidad, que semanas antes bastó para exorcizar las funestas imágenes evocadas con la llegada de Paulina á Palermo. Las mismas lámparas alumbraban con su claridad dulcemente atenuada, la misma rotonda con su alto biombo, las mismas telas antiguas, plantas verdes, flores meridionales, y destacándose en el fondo del cuadro las mismas caras de las dos mujeres en las que el joven podía leer la solicitud y ternura de siempre.

Pero el encanto no era ya demasiado poderoso para que triunfase de los tumultos del corazón de Francisco. ¡Ah! En aquel momento no sintió la magia de su reciente y ya lejana felicidad. Volvía de su largo y extraviado paseo por la ciudad y por el cam-

po, abrigando una resolución que no dejaba espacio á su cariño. Había comprendido que el único medio de sustraerse á tan terrible pesadilla era abandonar á Palermo en seguida. Y no podía honrada y sinceramente responder de sí mismo después del paso que diera cerca de Paulina, y, sobre todo, habiendo oído el grito de rebelión de su querida. Grito que le había llegado tan á lo íntimo del corazón, que sentía la necesidad de sufrir solo y libre, único consuelo de ciertas penas.

Al llegar á Sicilia se había convenido que su estancia allí se prolongaría hasta el 20 ó 25 de Enero. Era entonces el 27 de Diciembre; precisaba que el 2 de Enero, pasada la festividad de año nuevo, se embarcase sustrayéndose á una situación tan degradante como dolorosa y que podía terminar trágicamente. Una vez lejos, las cosas tomarían su aspecto natural. Esta necesidad de una partida inmediata era para Francisco tan evidente, que comenzó á ejecutar su proyecto yendo en seguida á ver al médico de la señora Scilly para que éste le aconsejase un cambio de clima; le había contado algunos síntomas que juzgó los más propios para determinar esta prescripción facultativa.

¿Había conseguido engañar al doctor? Nunca lo sabría, pues este señor era uno de esos sicilianos en cuyo sutil y enigmático rostro se ve confundida la calma oriental con la finura italiana. Tembló al oír las frases fin de aquella fingida consulta.

—Le costará á usted poco trabajo convencer á esas señoras de la necesidad de su partida, por cuanto la

señorita Scilly estaba muy inquieta por la salud de usted; me habló de ello la otra mañana.

¿De modo que Enriqueta notaba la crisis de agitación que sufría? Era preciso, pues, abandonar Palermo antes de que la joven supiera la verdad. Por el momento, el temor que por su salud sentía la joven le facilitaba la ejecución de su astuto plan; tenía, pues, confianza en el éxito de éste en el momento de penetrar en el salón donde las dos señoras le esperaban.

Dijo así:

—¡Qué inquietas habrán ustedes estado por mi causa! Perdónenme ustedes. Me sentí bastante mal y fui á tomar el aire. He salido y he andado, y mi malestar no pasaba; y en vista de que le sentía desde hace algunos días, obedeciendo á usted—y se volvió á Enriqueta,—he ido á consultar con el Dr. Teresí. Le he esperado más de una hora.

—¿Y ha podido usted verle?—preguntó la señora Scilly.

—Por fortuna, ó por mejor decir, por desgracia...

La madre y la hija le miraron con una ansiedad tal, que aumentó los remordimientos del joven.

Este, dirigiéndose á la condesa, continuó:

—Tranquilícense ustedes: no me ha encontrado enfermedad grave. Parece que lo que yo siento es una mala influencia, como dicen aquí, porque en estos climas no hay que jugar con las fiebres; y en fin... la opinión del doctor es que debo abreviar lo más posible mi estancia aquí...

—¡Se marcha usted!—exclamó Enriqueta.

—Creo que es preciso.

—¿Y cuándo?

—Naturalmente, no ha de ser antes del primero de Enero, pues he querido comenzar el año en su compañía; pero el médico cree que el dos ó el tres, á más tardar, será no sólo prudente decidirse, sino indispensable...

Enriqueta le miraba fijamente. No pudo Francisco soportar la muda queja de aquellos hermosos ojos, en los que nunca había leído tanta angustia. Fué una impresión física, semejante á la que hubiere experimentado, si hubiere retorcido el brazo de la delicada niña, hasta oír el crujido de sus huesos.

Aquella decisión de partir, que momentos antes le había aparecido como un deber, parecióle entonces tan cruel, que le produjo horror. Pero, no podía retroceder. No le quedaba otro medio que calmar, como mejor pudiera, las inquietudes de Enriqueta. ¿Qué hubiera sido de él al adivinar que aquellas inquietudes no nacían del temor de su salud? Por primera vez Enriqueta dudaba de él. No lo creía y él era, no obstante, muy sincero al decir:

—¡Es tan triste para mí perder estos hermosos días! Es una separación de dos meses, ¡pero qué amarga!

No. Enriqueta no le creía. En vano Francisco procuró durante toda la noche probarle un cariño que realmente no era fingido. No pudo disipar la melancolía que se reflejaba en el semblante de su novia, no llegó á extinguir la primera llama de lucidez encendida en aquel corazón que iba á convertirse en un incendio de pasión y de celos. En el resto de la vela-

da no notó que tenía ante él la primera sospecha de la joven.

El instinto del amor es tan fuerte, que Enriqueta había leído la mentira en el rostro de Francisco con tanta certeza como si hubiere sabido sus ideas de aquella tarde. Sabía que le ocultaba la verdad; y que se iba de Palermo, no por la supuesta enfermedad, sino por otro motivo. ¿Cuál era éste? ¡Cuánto lloró la joven aquella noche dando vueltas al problema que de tal modo aterrorizaba su corazón! ¡Cuánto luchó contra lo que ella creía irrefutable evidencia! ¡Cómo intentó persuadirse de que agraviaba á su novio al suponerle capaz de tal doblez! ¡Ah! ¿Quién ha amado y no ha conocido las protestas contra la sospecha? Ellas no impiden que se continúe sospechando cuando se le ha llevado á uno por el camino de la desconfianza.

Cuando sabemos que somos engañados, por esa especie de adivinación, parecida por lo inconsciente é irresistible al olfato de un animal, no es preciso saber *cómo* hemos sido engañados. Ciertamente que la pura y cándida joven estaba desprovista de las armas que tal desconfianza encuentra generalmente á su servicio. Ignoraba el arte de las preguntas diestras y de las sabias indagaciones, y era, por otra parte, incapaz de esos procedimientos brutales que deshonoran la pasión, satisfaciendo el ansia de la verdad; espiar sus pasos, violar el secreto de una correspondencia, hacer hablar á los criados.

No tenía al servicio de sus celos más que aquella sensibilidad avivadas por largos días del malestar;

aquel arte doloroso de percibir las mudanzas de su novio.

La noche que siguió al anuncio de la partida de Francisco, la pasó demostrándose que ningún nuevo acontecimiento podía ser causa de la marcha de Francisco, á menos de haber sido llamado por algún parte telegráfico, del que el joven no había hablado. Como de costumbre, había llevado juntas las cartas llegadas aquella mañana, y el joven había leído las suyas sin demostrar impresión alguna. Además, Francisco, aquella mañana estaba, si no alegre, por lo menos muy tranquilo.

Había cambiado en un momento; en cinco minutos, según precisaba el recuerdo de Enriqueta; como si en el término transcurrido entre el almuerzo y la vuelta de Francisco al salón, hubiera éste recibido alguna noticia inesperada. Aquella hipótesis de un telegrama era tan lógica, que la joven se aferró á ella.

Francisco había vuelto á salir para llevar por sí mismo la respuesta al telegrama á la oficina de la vía Macqueda, precisamente en la misma calle en que vivía el doctor Teresí, aquel doctor que días antes la tranquilizó acerca de la salud de su novio; y que en cuatro días sin que hubiera ocurrido incidente alguno, declaraba la precisión de que Francisco marchase de Palermo! ¿Pero era posible que aquellas dos personas que tanto estimaba se hubiesen puesto de acuerdo en este punto?

Enriqueta tuvo que responderse: ¡No! con la energía de una criatura joven y sincera, á quien la duda causa un dolor si recae sobre una persona cualquiera, y una desesperación cuando recae sobre la perso-

na amada. No pudo triunfar contra aquella evidencia de su corazón que le hizo pensar cuando Francisco entró en la sala:

— ¡Va á mentir!

Y á su primera frase:

— ¡Miente!

Cuando le encontró á la mañana siguiente después de aquella noche de insomnio, á la primera mirada que cambiaron, la seguridad de la traición de su novio apareció ante ella con más cruel intensidad. ¡La engañaba! ¿Cómo y por qué?

Aquella segunda intuición le causó un malestar tan horrible, que Enriqueta hubiera acabado por confesárselo á su novio, de no evitar éste una conversación íntima con ella. La desgraciada joven levantóse aquel día á observar la cara del que tanto amaba, con la vehemente atención de la mujer que se considera engañada. Sentía esa sobreexcitación del sér que vaga junto á la verdad, que la presiente y la respira y que no podrá sosegar hasta encontrarla.

Parece que en tales momentos la delicadeza de los sentidos llega á un punto sobrenatural. En tales circunstancias, una joven, aun la más ignorante, tiene la perspicacia del fisiólogo ó del confesor, para sorprender la menor idea ó emoción sobre la máscara de la persona objeto de su examen. Pero hasta el instante en que los tres se sentaron á la mesa para comer, sólo pudo Enriqueta sorprender en la actitud y en la fisonomía de su novio, la constante preocupación de endulzar la amargura de la violenta separación. Pero, he aquí que á mitad de aquella comida, comenzada para Enriqueta con la angustia del enig-

ma cuya solución no encontraba, prodújose un incidente, muy sencillo y natural, pero cuyo alcance debía ser incalculable.

Había transcurrido una pequeña pausa, uno de esos silencios que tan frecuentes eran entre ellos desde algunos días, cuando la Condesa dijo:

— Parece que la madre de la niña Adela está peor... Había alquilado una *villa* en el Jardín Inglés y debía instalarse en ella hoy, pero no ha podido.

En otras circunstancias el estremecimiento que sintió Francisco al oír esto no hubiera sido notado por la joven, pero en el estado nervioso en que ésta se encontraba era imposible que se le escapase esta señal de una profunda turbación. Las manos del joven habían temblado, sus músculos se habían contraído y fijó en la señora Scilly una mirada escudriñadora.

Para los que conocían como Enriqueta las menores inflexiones de su voz, no podía pasar inadvertida la emoción que revelaba el acento con que respondió, pues él intentó responder; tanto le interesaba evitar el menor rastro de sospecha por inverosímil que fuera. Estaba seguro de que Paulina se las había arreglado de manera que su doncella no refiriera á nadie el suceso de la víspera.

Pero desde que hay culpables que se ocultan, la conciencia de la falta lleva al que la ha cometido al exceso de disimulación próximo á la imprudencia. ¿No hubiera valido más á Francisco callarse que pronunciar con el acento que él lo hizo estas insignificantes palabras?

— ¡Pobre mujer! ¿Quién les ha dicho á ustedes

que ha recaído?... ¿La niña, no decía el otro día que su madre iba mejor?

— Al grado que ha llegado su enfermedad — dijo la Condesa — unos días bastan para cambiar...

— ¿La asiste un buen médico? — preguntó Francisco.

— Lo ignoro — respondió la señora Scilly; — en sus primeros días de estancia en Palermo la asistió Teresí, después le ha abandonado de pronto para ponerse en manos del inglés que recomienda su enemigo de usted, don Ciccio.

El nombre del hostelero anglomano sirvió de pretexto á Francisco para cambiar el rumbo de esta conversación, en la que cada frase le causaba una cruel impresión. Había logrado recuperar su presencia de ánimo; pero la sombra proyectada repentinamente sobre todo su ser por las frases de la Condesa fué tan visible para Enriqueta, como lo era sobre el blanco mantel la sombra del brazo de Vicente al servirles la comida. El oír hablar de la señora Raffraye y de su enfermedad había conmovido á Francisco; hecho tan nuevo que la joven lo observó sin deducir nada de ello. De no ser tan cándida como era hubiese asociado esta observación al parecido singular notado desde el primer día entre Adela y el retrato de Julia cuando ésta tenía la edad que entonces tenía la niña. Un rayo de luz hubiera iluminado las tinieblas de aquella tragedia en la que Enriqueta desempeñaba el papel de víctima inocente, de una *Ifigenia* condenada al martirio para expiar culpas ajenas.

Su sensibilidad era extraordinaria, y la impresión que el nombre de su vecina causó en Francisco le

pareció un misterio nuevo unido á los que la envolvían, al cruel enigma que torturaba su alma.

Á la mañana siguiente se levantó después de otra noche de terrible ansiedad; tras un tormento tan insoportable que la hizo pensar en el único remedio que su alma honrada y piadosa podía encontrar; quiso confesar y comulgar. Era su director espiritual en Palermo un misionero francés que iba todas las mañanas á la catedral. Acompañada de su doncella se fué al templo á las siete y media, con objeto de estar de vuelta para cuando su madre despertase.

En su natural turbación no pensó que siendo aquel día domingo no iría á la catedral el padre Mongeron. Aquella contrariedad la quitó la devoción con que habitualmente oía la misa y cumplía sus deberes religiosos. Volvióse, pues, descontenta de sí misma, y á fin de distraer el enervamiento que la embargaba, quiso andar, pasear, aprovechando aquella mañana espléndida, limpio ya el cielo de nubes barridas por los vientos de los días anteriores.

La joven siguió la orilla de la Marina y miró el horizonte del golfo, que aún agitado desde la víspera, levantaba sus olas orladas de espuma. Pero tampoco podía absorberse en la contemplación de este paisaje como no había podido absorberse en su oración. La sencilla facilidad que tenía siempre de identificarse con las cosas, estaba como paralizada, por la preocupación continua de su novio, del cambio inesperado de su carácter, de su partida. Así es que sintió como si despertase de un sueño, al oír la voz de Margarita que la dijo de pronto:

—Vamos á tener noticia de esa pobre señora Raf-

fraye. He ahí á la señorita Adela que viene con Anita.

Enriqueta vió en efecto á la niña á unos treinta pasos, notando con estupor que la niñera cogió en seguida la mano de la niña, haciéndola atravesar al otro lado de la calle, que ocupa la divina terraza del palacio Butera. Había en aquel movimiento brusco una significación tan ostensible, que Margarita se detuvo un segundo como estupefacta, y dijo á su señora:

—Se creería que nos temen.

—¿Estás segura de que nos han visto?—dijo Enriqueta.

—Segurísima—respondió la sirvienta, que añadió: Tal vez la señora Raffraye esté peor y por esto no quieran dar noticias, ó quizás porque iban apresuradamente para no perder la misa.

Aunque ninguna de estas dos razones pareció verosímil á Enriqueta, no las combatió. Predispuesta tristemente, había sentido ante el extraño proceder de la niñera una sorpresa que le sugirió esta idea:

—Lo que esta joven ha hecho no ha salido de ella; obedece á alguna orden... ¿Habría sido del agrado de la señora Raffraye que su hija haya hablado la otra noche con nosotros?

Y cayó en uno de esos profundos sueños en los que se elaboran en nuestro espíritu razonamientos fundados en una inconsciente pero invencible asociación de ideas. Se acordó de la observación hecha la víspera, de la agitación que el nombre de aquella mujer había causado á Francisco. Aunque no podía imaginar qué lazo unía aquellos dos hechos, su co-

existencia en su espíritu llegó á acrecentar su enfermedad moral; y al volver junto á su madre y su novio no osó mencionar aquel suceso, como lo hubiese hecho en otras circunstancias. Si se la hubiese preguntado la razón de este silencio, Enriqueta no hubiera sabido qué responder.

En realidad, le hubiera sido casi insoportable sorprender una nueva emoción en Francisco, y sin explicarse por qué, estaba segura de sorprenderla. Así pasó la mañana, hasta cerca de las once y media, luchando contra la obsesión de confusas desconfianzas levantadas en su cerebro. En aquella hora, encontrándose sola (la señora de Scilly había marchado á misa acompañada de Francisco), Enriqueta fué á apoyar la frente para soñar, contra aquella de las ventanas del salón que daba al jardín. Y vió en uno de los paseos á Adelita, que jugaba, según su costumbre, en las mañanas hermosas.

Los bucles de los cabellos de la niña brillaban bajo los resplandores del sol que sonreía sobre las palmeras siempre verdes y las rosas siempre nuevas. ¡Cómo había amado Enriqueta aquel puro rayo de luz esparcido en torno de su felicidad, y cómo sentía ya en él la ironía indiferente en torno de su inquietud! Pero no fué la melancolía del contraste la que le detuvo en aquel momento. Mientras, con distraída mirada seguía los movimientos de la niña, acometióle la idea del suceso de la mañana que tanto la había emocionado, pensando que no tenía más que bajar al jardín para saber al momento si se había engañado, ó si realmente la señora Raffraye había prohibido á su hija que la hablase. El solo hecho de que se-

mejante proyecto se presentase á su espíritu, instintivamente reservado, atestiguaba el trabajo de lo desconocido que pesaba sobre aquella imaginación. Tal vez Enriqueta se sentía devorada por esta imperiosa necesidad de agitarse, que en ciertos momentos de extraordinaria tensión nerviosa nos precipita no importa dónde, como si la aplicación de toda nuestra voluntad sobre un punto cualquiera, pero positivo y preciso, nos consolara en nuestra angustia.

Si Enriqueta no hubiese sido empujada por un movimiento de gran violencia, hubiese dudado mucho antes de decidirse como lo hizo á bajar sola al jardín. Como pretendiendo excusarse ante sí misma, tomó una novela inglesa sacada de la biblioteca del hotel. Dos minutos después se encontraba en el gran salón vacío de esta biblioteca. En uno de los ángulos de ésta, el árbol de Noel tendía sus ramas entonces marchitas. Colocó el libro en un estante y franqueó la puerta que daba al jardín. Estaba Adela en el gran paseo de enfrente y ocupada en un juego que le absorbía de tal modo, que no se dió cuenta de que Enriqueta se aproximaba á ella. Recordó Enriqueta que también á ella le había divertido mucho aquel juego, que era el de los *epingles* (1), conocido de todas las niñas, y que consiste en coger estos epingles fuera de un círculo trazado en el suelo á golpes de una pelota elástica.

La pelota rebotaba lista y ágil sobre la palma de la mano de Adela, y ésta seguía á la pelota con todo

(1) Alfileres.

un bonito cuerpo, con los ojos brillantes y expresando en toda su cara una extraordinaria alegría que se transformó en sobresalto, casi terror, cuando vió á la señorita Scilly y de pie ante ella. Roja, y sin decir nada, se bajó para recoger los diversos instrumentos de su juego, arrojando una mirada, con la que parecía implorarle protección á su niñera, que desgraciadamente no era la fiel Anita, pues de estar ésta allí, hubiera impedido ciertamente la peligrosa conversación que se preparaba, mientras que Catalina no había recibido de la señora Raffraye ninguna recomendación especial. Un poco sorda además, y abismada en su labor, no observó que Adela hablaba con Enriqueta y que esta última le decía:

—Buenos días, Adela. He sabido que tu mamá ha estado peor. Espero que hoy estará mejor.

—Mucho mejor; gracias—respondió la niña.

El recuerdo del descontento de su madre la otra noche, y de las amonestaciones de Anita en aquella misma mañana, le hubieran impedido responder, de no sentir hacia Enriqueta una simpatía y admiración extraordinarias. Su agitación era tal, que los *epingles* escaparan de sus deditos temblorosos á medida que les recogía.

—¿Quieres que te ayude?—dijo Enriqueta. A no ser que tengas todavía miedo de mí. Creía que habíamos quedado amigas desde la noche de Noel.

Su voz era tan dulce, que la niña levantó los ojos. Su tierno corazón estaba visiblemente agitado por sentimientos contradictorios, y como no sabía mentir, respondió con sencillez:

—Es que cuando cuente que hemos hablado me

regañarán. Mamá no quiere que yo hable como la otra noche.

—Pues bien—dijo Enriqueta;—preciso es obedecer á tu mamá, adiós...

Sabía lo que quería saber y no había avanzado más. Que la señora Raffraye había prohibido á su hija toda familiaridad con los extraños; ¿qué relación había entre esta natural prohibición y la partida de Francisco? No dudaba Enriqueta; su funesto instinto no la había engañado, queriendo á toda costa aproximarse á Adela. Iba á saberlo demasiado pronto. Como hiciera ademán de alejarse después de haber repetido: ¡Adiós!, la dulce pequeña le cogió la mano como para retenerla algunos momentos aún, y le dijo con insistente cariño.

—¿Está usted enfadada?

—De ningún modo—respondió Enriqueta con una sonrisa un poco forzada.

—Sí, está usted enfadada—insistió la niña.

Después de un momento de duda, añadió:

—Mamá no la conoce á usted. Ahora tal vez cambiará todo,—y tiernamente:—entonces me gustaría mucho ser amiga de usted.

Había en esta frase algo tan enigmático, que la joven se sorprendió.

—¿Y por qué ese cambio?—dijo.—Tu mamá no nos conoce.

—Bien—dijo finamente Adela;—pero ya sabe que usted es su prometida. El recuerdo del joven que ella había visto junto al lecho de su madre desmayada y que esta última había dado las gracias, no se aparta-

ba del pensamiento de la niña desde aquellos dos días, y en su confiada ingenuidad, preguntó:

—¿Le espera usted?... ¿Va á venir?

Toda alma delicada siente un escrúpulo insuperable al sorprender en labios de un niño secretos que su conciencia no sospecha. Pero si Enriqueta Scilly tenía una naturaleza demasiado fina para no sentir tal escrúpulo, también era cierto que desde hace días estaba atormentada por secretas dudas, y deseaba por lo tanto conocer, no importaba de qué manera, á qué circunstancias ignoradas por ella, acababa la pequeña de hacer alusión.

—No entiendo bien de quién quieres hablarme—dijo;—¿me preguntas si espero á mi novio, á Francisco Nayrac?

—Sí—respondió la niña, repitiendo dos ó tres veces en voz baja y como para grabar este nombre en su cerebro, Francisco Nayrac, Francisco Nayrac...

—No le espero—respondió Enriqueta; y añadió con el corazón destrozado por su propia pregunta:—¿Entonces tú le conoces? ¿Le has hablado?

—¡Oh, no!—dijo Adela.—Quedé muy conmovida cuando, al regresar á nuestra habitación, vi á mamá sobre su lecho tan pálida, tan pálida...

Y bajó sus párpados sobre sus lindos ojos, que habían visto aquella escena, cuya revelación agitaba el ser de la que escuchaba. Luego continuó con la inconsciente crueldad de su ignorancia y de su edad:

—Y él... él estaba tan conmovido como yo, temblaba como yo... Debe ser muy bueno.

—¿Y eso pasó antes de ayer, no es cierto?—preguntó Enriqueta.

—Sí; antes de ayer—dijo la niña, que, notando lo alterado de la voz con que esta pregunta le fué hecha, dijo á su vez:

—¿Usted está ahora enfadada conmigo?

—¿A eso de las dos?—continuó la señorita Scilly.

—Si lo sabe usted, ¿por qué me lo pregunta? Ahora me da usted miedo—dijo Adela cada vez más emocionada por la inexplicable excitación que su relato había causado á la prometida de Francisco. A pesar de la intensidad de dicha agitación, Enriqueta comprendió que no debía prolongar más tiempo aquella conversación. Iba á anegarse en llanto, allí, delante de la niña, á hacerla preguntas vergonzosas. Tuvo la energía de dominarse, y dulcemente dijo:

—No, no estoy incomodada. Si te regaña, di que he sido yo la que te he hablado... Anda... aprovéchate de esta hermosa mañana.

No pudo pronunciar una palabra más. Lo que acababa de saber de Francisco, pasaba el límite de sus imaginaciones. La idea de que él había sido encontrado á la cabecera del lecho de la señora Raffraye desmayada, temblando de espanto, y que se lo había llamado, le parecía tan inverosímil, tan monstruosa; la coincidencia entre esta aventura y su súbita partida le angustiaba de tan terrible modo, que estuvo á punto de presentarse ante él para provocar en seguida una explicación. Y sin embargo del deseo de esta explicación, que necesitaba como el aire para respirar, Enriqueta esperó hasta las dos, por ese instinto

de delicadeza que atestigua en la crisis de pasión una magnanimidad natural.

Por inexplicable, por doloroso que fuese para ella el disimulo de su novio, del que acababa de recibir una prueba tan repentina como irrefutable, ella le estimaba demasiado para creer que su silencio había obedecido á culpables razones. Una criatura joven y leal, como ella era, lleva en sí misma una virtud de confianza que alguna vez la engaña, pero que la preserva contra las villanías, y la reviste de una belleza moral tan superior á las miserias de la prudencia humana, que es preferible ser así engañada. Durante el tiempo que transcurrió entre su regreso al salón y el de Francisco, Enriqueta reflexionó que el motivo que para callar tuvo su novio debía de ser de los que hieren á las más delicadas fibras del corazón; y comprendía que sería dar pruebas de una dureza infinita el obligar al joven á que hablase delante de la condesa. Tuvo ánimos para contener su fiebre interna cuando le vió, y sentóse á la mesa como todos los días, esforzándose en dar á su semblante una expresión tranquila, y tuvo que sufrir de parte de su madre y de su novio esos amistosos regaños sobre un plato rechazado ó un vaso de vino sin tocar, que son la infantil ternura de las intimidades de este género.

¡Qué ironía cuando se siente sobre el alma el peso que ella sentía en aquel momento! ¡Y tuvo que escuchar sin lanzar un sollozo este diálogo cambiado á su lado, cuando sabía lo que sabía!

—Margarita me ha dado mejores noticias de nuestra pobre vecina—decía la señora Scilly.

—¿Podrá instalarse pronto en su villa?—preguntó Francisco.

¡Cómo desgarraba el corazón de Enriqueta esta indiferencia con la que él hablaba de aquella mujer como si no la conociese! Semejante comedia es la peor de las mentiras, la mentira en acción, la mentira de todo el sér. ¡Y qué martirio ver mentir al que se ama, saber que detrás de aquellos ojos idolatrados habita un pensamiento que se os oculta; tras aquella frente adorada un alma que os hace traición, y asistir á aquella hipocresía sin una palabra de protesta! Después de almorzar y cuando su madre se retiró para contestar á algunas cartas, Enriqueta pudo dar libre curso á su pasión, y dijo á Francisco que también se preparaba á salir en aquel momento.

—Quédese usted... Tengo que hablarle.